

A. de A.

Documento Nareidin

-sin título-



Traducido del manuscrito original,
hallado en la Academia de Copistas de Draïr.
En él se refieren la caída de Irienir,
el tormento y la liberación de Dúvdívia Saivir,
y otros sucesos de interés histórico general.

Jardines de Esperanza

Año
5765
del nacimiento
de Aldam

Introducción


En el transcurso de mi anterior estadía en Draïr (ciudad que visito en cada oportunidad posible) y buscando material sobre el Emperador Penitente, hallé un importante códice, redactado hacia finales del S. XVII por una Copista local llamada Maëdin Udeyént Nareidin. Evidentemente, la joven en cuestión había pertenecido a la descendencia del ya legendario Amadu Neh'l Sorian; ya que de acuerdo con su testimonio, redactó dicha crónica para combatir el tedio durante las largas horas transcurridas en los talleres de Tharaïs, en cumplimiento de las obligaciones que la Corona local ha impuesto a esta familia.

Dicha crónica (curiosamente sin titular ni subtítular, tarea que hube de realizar por mí misma) se propone transcribir el relato que Dúvdivia hiciera a Tharaïs, acerca de la destrucción definitiva de Irienir y otros avatares que al Constructor de aquella tocaran vivir. Narrando además, la llegada y posterior partida hacia el Norte, del más alto de los Saïvirien.

Quizás sin proponérselo, Nareidin nos ofrece simultáneamente una valiosa y vívida descripción de su época, y de la delicada situación atravesada por su Orden en aquel momento y lugar, que ella atribuye a la fundación de la Universidad de Draïr cinco décadas antes de la fecha de su Rúbrica. Por estos y otros motivos, me pareció que el documento era digno de interés, y que merecía la pena encarar su traducción, que presento a continuación.

A. de A.; Jardines de Esperanza, 5764

Yo me encontraba...

o me encontraba supervisando las tareas de Tharais, a quien el rey había pedido interrumpir su anterior trabajo del que pronto hablaré, para erigir un edificio majestuoso y palaciego, digno de albergar la Universidad de Drair, que su antecesor en el trono hiciera fundar allá, por los años mil seiscientos veinte 'y pico', en conmemoración del Primer Centenario de la Restauración [de la Dinastía Real. En tal caso, el año exacto ha sido 1623. -N. de la T.-].

Sucedió que tres décadas antes, Uneith Anill Sorian, cuarto Decano de su Academia, había solicitado del rey la construcción de un edificio nuevo para aquella; que ya se había mudado varias veces por falta de espacio para albergar a sus alumnos, en número siempre creciente. Por supuesto, también Maedi Meinu Lidki, tercer Rector de la Academia de Copistas, había hecho un pedido similar, apremiado por una necesidad más imperiosa aún. Sin embargo y como era de esperar, sus ruegos desesperados cayeron en saco roto: en ese entonces, el rey prometió que apenas Tharais concluyera las obras de reparación que lo tenían ocupado, se atendería el pedido del Decano. Así fue como, hacia mediados de nuestro siglo, se dio inicio a la erección de un nuevo edificio para la Academia Sorian de Drair, que sería emplazado en la Ciudadela, sitio natural de las edificaciones públicas importantes, y no en el valle donde funcionara hasta la fecha.

Las obras ya estaban avanzadas y bien podrían haberse terminado a lo sumo en un par de años, de no haberse interrumpido. Pero como ya insinué, corriendo el año 1667 la erección de la Academia fue suspendida. No es de extrañar que la culpa la tuviese el primer Director de la Universidad: un profesor sabiondo y soberbio que el rey anterior había hecho venir de Fundir, a quien la envidia y los celos carcomían al ser testigo de la atención que nuestro soberano dispensaba a la Orden en desmedro de su propia casa de estudios... que para peor, por entonces contaba con escasos alumnos. Pese a que por su edad avanzada, dicho Profesor ya se había retirado de la enseñanza, no dejó de mover su insidiosa lengua viperina; siempre haciendo mofa de la Orden, ridiculizando tanto a sus tradiciones como a sus maestros. Al final se salió con la suya y pudo morir feliz y satisfecho, un año después de que Tharais diera inicio a la erección de la Universidad sin haber completado el edificio de la Academia, que los Sorien terminaron a las apuradas por sí mismos, para ocuparlo de inmediato.

Llegamos así a los últimos meses del año 1670, cuando yo me encontraba en 'El Torno', bostezando aburrida y durmiéndome por momentos. Ladera abajo, Tharais elevaba el esqueleto de la futura Universidad. El Saivir trabajaba con ahínco, esmero y dedicación... ¡y sin meter bulla!; increíble capacidad suya que nunca dejó de admirarme, y que es la principal causa de que la modorra me venza con tanta facilidad, al ocuparme de la innecesaria tarea de supervisarlo.



Entonces los vi...

Entonces los vi. Al principio, me creí presa de una alucinación causada por mi casi permanente estado de sopor, y me restregué los ojos para mirar la insólita imagen una y otra vez. Al despecho de mis esfuerzos de ahuyentamiento, la siguiente aparición inusitada rehusaba diluirse en la profusa luz del mediodía: tres Sorien se acercaban por el Camino con la sosegada parsimonia que los caracteriza y escoltando a un gigante, que no podía ser sino un Saivir. Eso me pareció de lo más intrigante y despertó mi curiosidad, a la par del resto de mis adormecidos sentidos. La modorra que me envolviera hasta el momento se esfumó como por arte de magia, mientras yo me incorporaba con celeridad y bajaba la cuesta dando brincos, en dirección a Tharais. Llegada a él, tiré de su cinto de cuerda a fin de llamar su atención. Cuando se volvió a mirarme, le dije sin ocultar mi excitación:

—Tharais, mira allá: ¿quién es?

La cara de consternación que puso el Constructor de nuestra ciudad fue por demás cómica. Se quedó erizado y tieso, mirando ya hacia mí, ya hacia el Este en forma alternada. No pareció alegrarse con lo que veía por lo que, ya impaciente, tuve que apremiarlo repetidamente y con implacable insistencia, hasta que soltó su huraña respuesta en una especie de mugido malhumorado:

—Un Saivir —acto seguido me dio la espalda, encaminándose a su taller dando largas zancadas. Corriendo tras él, alcancé a oír que farfullaba con acento iracundo— ¡No quiero verlo!

Ya en el interior del para mí enorme recinto tallado en la roca viva, se sentó en el suelo de piedra y se puso a llorar a lágrima viva. Sacudiéndolo con suavidad, le pedí más datos del Saivir que entre tanto, seguía acercándose a las puertas de la ciudad. Solicitud que al final satisfizo de muy mala gana, diciendo:

—No alcancé a distinguir quién es. ¡Ni me interesa!

Debo aclarar que el trato de Tharais con la gente rara vez es bueno. Por lo general se mantiene hosco y mudo, sin cruzar palabra con nadie. Cargando aún con la opresiva memoria de experiencias traumáticas, el gigante teme a los humanos. Por eso fui *agraciada* con la honorable tarea de 'supervisar'lo durante el día: de alguna manera, el segundo Decano de Draïr descubrió que sus recelos, que desaparecen ante los niños de la Orden, son mínimos en presencia de las mujeres Copistas. Merced a eso, a nosotras encomiendan la tarea en horarios diurnos con la esperanza de que, tratándolo con paciencia y cariño, paulatinamente lo ayudemos a avanzar hacia su rehabilitación psíquica. Esto explica que, si bien no me habla con la relativa soltura con que dialoga con nuestros párvulos o sus amigos Satrien, por lo menos procura ser amable conmigo. E incluso me responde, aunque más no sea en forma esquiva y abreviada.



Sin entender...

Sin entender su antipática e inusitada actitud, lo encaré preguntándole con sincera sorpresa:

-¿Qué pasa contigo Tharais? ¿Es uno de tus hermanos!, ¿o no?

Me clavó una mirada profunda y triste, cargada de un sufrimiento abismal cuya sola intuición me provocó escalofríos. Tuve que sentarme para atender al primer discurso verdaderamente largo que me dirigió jamás. En el curso del mismo me relató los desgraciados avatares que le tocara vivir allende las Montañas que Separan, cuando fue maltratado, golpeado, proscrito y expulsado por sus propios congéneres. La historia no me tomó desprevenida, pues ya la había oído de pequeña. Lo que sí me sorprendió, es que Tharais siquiera enojado por aquello. Creo que lo miré con abierta decepción al decirle:

-Pero Tharais, ¡si eso pasó hace un milenio y medio!, ¿cómo puedes continuar guardando rencor por un suceso tan antiguo?

Tharais me miró e inclinó su rostro avergonzado. Evidentemente y por no habérsela planteado a sí mismo antes, la sencilla pregunta por mí formulada lo había consternado. Entretanto me paré en el umbral a mirar ladera abajo. Los tres Sorien con su Saivir, ya habían ingresado en la Ciudadela y ascendían la cuesta hacia nosotros. Permanecí minutos interminables viéndolos sumar un paso al otro, ya ocultándose al pasar tras algún edificio, ya reapareciendo en los espacios abiertos entre cada edificio y el siguiente. Tras más de media hora de ascenso entraron en el Palacio Azul, que se alza muy próximo al taller que ocupábamos Tharais y yo. Significa que de haber querido, aquel podría haberle echado aunque más no fuera una ojeadita fugaz a su hermano, a fin de reconocerlo y revelarme su identidad. Pero nuestro Saivir estaba enfurruñado, sentado en el suelo con la frente sobre las rodillas... y derramaba sus lágrimas en silencio para que yo no lo notara pues, tras mi reprimenda, debía sentirse abochornado.

Para enterarme de lo que aconteció en el Palacio Real, tuve que consultar más tarde a los Sorien. Entonces supe que aquel Constructor había sido presentado ante nuestro rey, a quien se había preguntado si consentía aceptar sus servicios. Aquel, cauteloso y tras informarse de la identidad del susodicho, había declarado que por su parte no había objeción. Empero y por ser asunto de su directa competencia, la última palabra al respecto sólo podía tenerla Tharais. Así es que al punto, el reducido y agotado grupo salía nuevamente a la luz del día, encaminando sus pasos al taller en que nos atrincherábamos Tharais y yo.



Si existe algo...

Si existe algo de lo que nuestros detractores jamás podrán acusarnos, es de ser gente melindrosa o consentida. Por lo mismo, daba lástima ver el estado de agotamiento en que venían los escoltas del Constructor extranjero. Aquellos se alegraron mucho de hallarme en 'El Torno', preguntándome con cortesía si podrían dejar al recién llegado a mi cuidado, para retirarse a comer y descansar.

Estuve tentada de replicar, que todavía no he recibido el título de 'Aya de Saïvirien'. Pero como dije, el estado lastimoso en que venían movía a compasión. De modo que muy a desqano les dije que podían contar conmigo. Enseguida habrán notado que la idea no me entusiasmaba. Porque se escaparon con atolondrada prisa, antes de que me arrepintiera.

También el Saïvir venía agotado. O quizás, lo que lo hacía lucir tan aplastado fuera el efecto de su desánimo e incertidumbre. Se sentó en un rincón cualquiera, mudo como una piedra. También Tharais se había encerrado en un mutismo huraño por demás antipático. Y yo, que al punto me había hastiado de ambos, hice un nervioso intento de salir a refrescarme afuera. No pude, porque Tharais me retuvo de improviso, rogándome al aferrar mi brazo:

=No te vayas...

Me volví a mirarlo y la intensidad de su mirada suplicante me convenció de quedarme. A falta de algo mejor que hacer, me preparé un té (comodidad introducida por mi tatarabuelo [ha de ser, Amadu Neh'I Sorian. -N. de la T.-] en los diversos talleres del Saïvir) y me senté a sorber tranquila, mientras miraba ya a uno ya al otro gigante, que seguían enfurruñados en sus respectivos rincones, sin siquiera mirarse. Transcurrida una hora o más (que a mí me pareció un siglo) en esa situación de lo más embarazosa, no pude con mi genio y dije, mascullando mis palabras aunque procurando ser lo más dulce posible:

=¡Suficiente! Tú Tharais, y tú, como sea que te llames: creo que tenéis asuntos pendientes entre vosotros. ¿Por qué no os reconciliáis y termináis esa historia, de una vez? =ambos me clavaron la misma mirada apabullada. Yo insistí= Me parece que ya es hora de que os sinceráis. Por supuesto, si mi presencia es indiscreta puedo retirarme, así conversáis en privado...

=No te vayas, por favor... =suplicaron los dos al unísono, tras lo cual enmudecieron visiblemente incómodos. Creo que nada les incomodaba tanto, como el hecho de compartir opiniones y reacciones pese a la evidente discordia que los mantenía distanciados. Decidida a tomarme las cosas con calma, sorbí largos y lentos tragos de té antes de declarar:

=Bien: como veis, no van tan mal las cosas. Como sea =agrégué con picardía=, veo que sabéis ponerlos de acuerdo, si **no** os lo proponéis... De modo que empecemos =y aquí encaré al recién llegado para preguntarle=: ¿cómo te llamas tú?



Dúndivia Saivir...

=Dúndivia, Saivir =contestó en un murmullo apagado. Y tembló sacudido por una profunda tristeza, antes de continuar, si se puede, en voz más baja aún=, Constructor de Irienir.

Por fin comprendí su abatimiento. Después de todo, no debe ser nada fácil sobrellevar la contemplación de la ruina absoluta de la ciudad que uno ha erigido con sus propias manos... Eso, sumado al encono infundado que por lo visto, el Saivir despertaba en la gente tonta. ¡Como si aquel desdichado fuese responsable de los crímenes cometidos por el extinto Imperio! Mientras yo meditaba estas cosas con fría serenidad, el Saivir me escrutaba. Quizás esperase una reacción negativa o radical de mi parte. Mucho se habrá sorprendido al descubrir que su identidad no despertaba mi rechazo.

=Yo... =dije entonces= comprendo y comparto tu dolor. Y desearía consolarte si pudiera. Pero ¿quién te devolverá lo que has perdido?

Callé, porque las palabras se me atragantaron. Lloré. Y mi solidaria conmiseración causó un efecto muy favorable en ambos gigantes. La gélida atmósfera imperante se distendió. El hielo se derritió. Los Constructores intercambiaron, no sin timidez, una fugaz mirada amistosa. Pero lo más inaudito ocurrió cuando Tharais rompió su empeinado silencio para pedir:

=Cuéntame cómo fue.

Dúndivia me miró y asentí. Aunque noté que le costaba decidirse a dar inicio a un relato que todavía lo llenaba de congoja. Procuré estimularlo diciéndole:

=Nunca hasta hoy has tenido la oportunidad de compartir tus sentimientos o experiencias con nadie, ¿verdad? =aquel confirmó mi suposición con un gesto. Yo argumenté= Mayor motivo para que lo hagas ahora. Confiar tus cuitas a otros te aliviará.

El gigante aceptó mis palabras con otro gesto afirmativo. Pero todavía debatió el asunto consigo mismo, antes de decidirse a abrir a su relato.



Supé que las cosas iban mal...

“Supé que las cosas iban mal ‘comenzó’, cuando el Emperador me hizo llamar para pedirme un imposible: que diera muerte a los Saivirien que estaban conmigo, y que habían sido capturados al finalizar la Campaña de Reconquista [esto es, tras la derrota de Váncur en 1205. –N. de la T.–]. Entonces entendí que la guerra estaba perdida, y que ese hombre buscaba vengarse de los Nirien, cometiendo un acto tan perverso como inútil que, en lo personal, no le aportaría beneficio alguno.

“Al principio procuré explicarle que no sabía cómo cumplir su mandato. Pero, viendo que aquel se negaba a dar crédito a mis palabras y para peor, comenzaba a ofuscarse peligrosamente, aseveré que cumpliría su mandato y me retiré a mi taller. Los otros [Ináida, Gakil y Fellel. –N. de la T.–] estaban allí, ansiosos de noticias. Les comuniqué las nuevas; malas para mí, buenas para ellos: Irienir sucumbiría. Quizás, aventuré, solo era cuestión de horas. No podía contar con datos más precisos porque a nosotros [es decir, a los Saivirien. –N. de la T.–], nadie se molesta en dirigirnos la palabra... Si no es para impartirnos una orden, claro está.

“Cuando a continuación les repetí el último dictado de mi Señor, me miraron aterrados y los tranquilicé, diciéndoles que no tenía intención alguna de obedecer una orden perversa y estúpida que, para el caso, ni siquiera sabía cómo cumplir. Pero algo había que hacer. Como mínimo, fingir que el cruel mandato era ejecutado. Deliberamos en voz baja, hablando en cualquier lengua a fin de no ser comprendidos y escarmentados. Al final, nos encaminamos a los ‘pozos’.

“Descendimos hasta los más profundos subsuelos de la Torre, y al llegar nos quedamos petrificados, contemplando horrorizados el espectáculo más macabro que jamás presenciáramos. Parece que, durante las últimas horas, los desahuciados verdugos se habían concedido una última orgía sangrienta. Miembros horriblemente torturados y mutilados yacían desparramados por doquier. Techo, rejas y paredes se hallaban salpicados de sangre, materia cerebral, excremento, trozos de piel, tiras de carne desgarrada... y quién sabe cuántas horripilancias más.

“Nos retiramos al rincón más apartado y oscuro (a decir verdad, para los ojos de un Nirié, todo el recinto estaba envuelto en una espesa tiniebla) y nos sentamos sobre el suelo de reja, sacudiéndonos de espanto. Se suponía que ya no quedaba ‘nada que hacer’ donde nos hallábamos. De modo que no fuimos importunados, y pudimos permanecer allí hasta el desastre final... no *tranquilos*, precisamente. Aunque sí, sin ser agredidos ni molestados.”



Dúdivia interrumpió...

Dúdivia interrumpió su discurso que, como fuera, pronunciaba con suma dificultad, sin conseguir sobreponerse a su fuerte estado emotivo. Con gusto le habría ofrecido algunos sorbos reparadores de mi té, si los Saivirien comieran o bebieran como los humanos. Pero cualquiera sabe que aquellos no comen ni beben. Y a mí no se me ocurrió mejor método que el tan habitual entre madres solícitas. Así que permanecí en silencio, a la espera de que el gigante reanudara su relato. Cosa que hizo tras una pausa prolongada, en los siguientes términos:

—Afuera, Ista se puso. Sobrevino la noche, larga y lúgubre, sobre agresores y defensores. Pero por los gritos, alaridos y el fragor general que llegaba del exterior, supimos que en la ciudad, se seguía luchando sin tregua ni cuartel. De pronto, me estremecí al tomar conciencia de lo que ello significaba. ¡Se estaba combatiendo en la ciudad!, no ya ante sus muros exteriores...

—Tu no has estado allí —Dúdivia encaró a Tharaïs. A mí parecía haberme olvidado... Cosa no tan difícil, dado que soy delgada y menuda incluso entre humanos, y a este Dúdivia le he calculado cuatro metros [el gigante mide 3,93 metros, en realidad. —N. de la T.—], no viste la fortificación general de la ciudad ni de su Ciudadela. Te diré: edifiqué la ciudad sobre un promontorio rocoso; una especie de cuña larga que se introduce entre el río y el lago. Por lo que hay en ella varios niveles naturales, pues evité aplanar el terreno. Preferí mantener los cambios de altura, que delimité amurallándolos. Así quedó la ciudad dividida en sectores fáciles de defender, ya sea por separado o en su conjunto. En el peñón más alto alcé la Ciudadela con su Torre. Aquella misma, un bastión incommovible, protegido por muros altos y recios que dominan el terreno circundante.

—Por eso, los combates que se desarrollaron en la ciudad deben haber sido prolongados, agotadores y encarnizados, tanto para amigos como para enemigos. Yo supe cuando salté al exterior, que la conquista definitiva del baluarte demandó del ejército coaligado, una ingente cantidad de efectivos. Pude ver que hubieron entre ellos millares de bajas... y un número incalculable de heridos. Algunos de estos, con miembros cercenados que los inutilizaban para el trabajo de por vida. Montañas de cadáveres y hombres agonizantes se apilaban confusamente por doquier; y distinguí por las insignias y pertrechos de unos y otros, a que facción había pertenecido cada cual: habían entre quince y veinte *Rebeldes* por cada *Imperial*. ¡Una auténtica masacre!



Por lo pronto...

Por lo pronto, yo sólo escuchaba los ecos de la batalla, pues aún continuaba oculto con mis hermanos, en el oscuro subsuelo de la Torre. Entretanto, en el mundo exterior volvió a asomar la cara roja de Ista. Creo que en ese momento los agresores recibieron refuerzos, porque rompieron la última defensa del Anillo Interior y se precipitaron sobre la Ciudadela con renovados bríos. La postrera resistencia fue denodada y desesperada, según comprobé después. Mis Nirien defendieron cada palmo de terreno con la saña implacable de quien desea cobrar cara la propia vida, pues lo habían perdido todo.

La lucha siguió desarrollándose, ahora más cercana: ¡se peleaba en los pasillos y escalinatas de la Torre! El ejército coaligado pagó muy caro ese ascenso que, si dejarse arrear, continuó hasta el final. También enviaron gente a los subsuelos. Posiblemente aún conservaran la vana esperanza de liberar algún prisionero. Solo nos hallaron a nosotros, y se quedaron contemplándonos a la luz de sus antorchas, mudos de espanto. Quizás, porque jamás en sus vidas habían visto un Saivir, y de súbito topaban cuatro. Además, me pareció que nos tomaron por autores de la horrible carnicería que se desplegaba ante sus ojos. A su grito aterrado acudieron más hombres. Y cuando sumaron la cantidad suficiente como para sentirse fuertes, nos ordenaron salir. Obedecimos en silencio.

Ya en el exterior, me recibió el triste espectáculo de mi ciudad asolada. Pero todavía no se me concedió el tiempo (que en adelante me sobraría) para contemplar su ruina. Nos condujeron más allá de los muros, a los campamentos situados entre la muralla exterior y el lago. Allí dieron con lo que, supuse, estaban buscando: un grupo reducido de Sorien que, por lo visto, les servían de consejeros [más probable es que además, se tratara de 'Enlaces'. -N. de la T.-]. Les preguntaron qué y quienes éramos. Respondiendo al requerimiento, el mayor de los encapuchados nos fue señalando uno por uno, mientras pronunciaba nuestros nombres y 'títulos'... que no entendí de dónde sabía, si nunca antes nos había visto.

Merced a esa información, mis compañeros fueron liberados con la orden de regresar cada cual a su país. Solo yo quedé prisionero, y fui conducido de regreso a la ciudad. Realicé ese trayecto con temor, pues entendí que los Nirien, exacerbados por la cruenta lucha cuyos resultados yo acababa de observar, buscarían descargar en mi persona, el odio acumulado contra mi ciudad. Me obligaron a ascender la Torre hasta la cúspide. La escalinata íntegra estaba cubierta de cadáveres, mudos testimonios de la tenaz resistencia opuesta por sus desahuciados defensores. Aquí como afuera, vi escasas insignias imperiales. La mayoría de aquellas pertenecían a los diversos ejércitos coaligados. De modo que, reprochable o no, el estado de exaltación asesina en que se hallaban mis captores era comprensible.



Entramos en la Sala del Trono...

Entramos en la Sala del Trono, otrora deslumbrante y majestuosa. Un enorme y profusamente iluminado recinto circular, que ahora ofrecía una imagen tan macabra como la que topara el día anterior en los 'pozos'. La única diferencia era, que los autores de esta nueva orgía sangrienta eran otros. Una vez allí, me condujeron ante sus Capitanes. Aquellos estaban ocupados castigando con saña el cuerpo agonizante del Emperador, a quien habían amputado brazos y piernas, y se desangraba en el suelo. Con cada golpe recibido en su cuerpo mutilado, el pobre infeliz gritaba con una voz que iba y se debilitaba. Paliza que, falto de miembros, no podía evitar ni mitigar. Mas, avisados de mi llegada, los Capitanes detuvieron esta parte de su obra vengadora para abalanzarse sobre mí. Creo que trataban de imponerme una suerte similar a la de mi malogrado soberano, pero se toparon con una dificultad imprevista: sus armas, que por cierto me afligían, se mellaban y quebraban al golpear contra mi cuerpo. En vano procuraron degollarme, o amputarme aunque más no fuera un dedo. Yo mismo parecía estar hecho de un material más resistente que los aceros con que buscaban dañarme; fracaso que solo conseguía irritarlos cada vez más.

Ciegos de ira, volvieron a ensañarse con el Emperador que acababa de expirar. Tomaron lo que quedaba de él y lo arrojaron hacia afuera por uno de los ventanales cuyos cristales rompieron: ciento veinte metros hasta el suelo, contra el cual se desintegró. El espectáculo debe haberles complacido, porque enseguida intentaron lo propio conmigo. Me alzaron entre varios y, no sin dificultad, treparon los tres altos escalones hasta los ventanales y me lanzaron al vacío. Allí fui yo también: ciento veinte metros hasta el suelo..."

El gigante interrumpió la narración para masajear su flanco izquierdo, como si la sola mención de aquella colisión, bastara para despertar en él los dolores pasados.

"¡Ay, hermano! exclamó con una mueca de sufrimiento, tú no imaginas lo que fue. Sentí como si me hubieran aplastado bajo una montaña. Me desvanecí. Cuando fui despertado a fuerza de rudos golpes, estaba rodeado de Nirien hostiles otra vez. Para peor, aquellos lucían sumamente frustrados de verme 'vivo y coleando', sin importarles que para el caso me hallara terriblemente conmocionado y sacudiéndome en espasmos. Pese a los dolores que me arrancaban aullidos ensordecedores, me obligaron a reincorporarme para regresar a los campamentos de extramuros. Cada paso me partía en dos. Lo que equivale a decir, que esa marcha interminable fue un auténtico suplicio para mí."

Dúdivia volvió a interrumpir. Esta vez porque de súbito, algo pareció recordarle mi presencia. Me posó una mirada larga y amistosa antes de continuar.



Gente insólita...

—Gente insólita y buena, ustedes [se refiere a Sorien y Maëdern en general, entre los cuales no parece distinguir. —N. de la T.—]. Siempre me sorprenden para bien. Quiero decir: yo sé que desde su fundación, el Imperio nunca les prodigó un trato amistoso. Por lo que si ustedes me mostraran odio o recelo los comprendería. Sin embargo, cuando me encontré de regreso en el campamento y fui conducido ante los sabios de tu Orden, ellos procuraron aplacar los espíritus de mis torturadores para que me dejaran en paz.

—Es muy difícil matar a un Saïvir —explicó el más anciano, apoyado por sus colegas que asentían con leves gestos de sus barbudos rostros serenos—. De momento, los humanos no contamos con medios para hacerlo. Incluso los Sairien, que son más altos, robustos y estaban mejor armados no lo consiguieron cuando quisieron, por más que se empeñaron. Mi consejo es pues, que cesen de hostigarlo inútilmente.

—Pero los Capitanes victoriosos no estaban de acuerdo. Y sí, obnubilados por el odio hacia el Imperio, al que se sumaba la tristeza por haber visto perecer a sus propios hombres, que yacían masacrados cubriendo calles, muros, explanadas y demás. Discutieron agriamente con sus consejeros mientras yo, extenuado, me adormecía acurrucado en un rincón. Supongo que también ellos se tomaron el descanso que necesitaban. Lo cual me vino de perlas, pues disfruté de una tregua de varios días, durante la cual recuperé mi vigor y lozanía. Pasado ese lapso, me despertaron sacudiéndome con violencia. Por lo visto, ya habían decidido mi destino.

—Me condujeron de regreso a la ciudad. A la Ciudadela. A la Torre, cuya espiral de escaleras hube de ascender por última vez. Arriba me aguardaba más gente, abocada ya a la preparación de mi futuro suplicio. Habían traído gran cantidad de cadenas obtenidas, supongo, de las cámaras de tortura por demás abundantes en la Torre. Uniendo una a la siguiente sujetándolas por sus cabos con candados, acababan de formar una sola cadena de varios metros de largo, que se dividía en dos cerca del final.

—Un hombre particularmente osado, con una cuerda de seguridad ceñida a su cintura, salió por uno de los ventanales a la angosta cornisa, de la cual se desprenden los enormes pétalos abiertos en forma de colmillos que coronan la Torre. Ascendiendo uno de aquellos con peligro de su vida, enlazó el extremo de esa cadena en torno a él. Cuando volvió a entrar, apresaron mis muñecas cerrando en torno a ellas los extremos de las dos cadenas unidas a la principal. Después me obligaron a salir al exterior y me dieron un violento empujón...



Así quedé suspendido...

"Así quedé suspendido de la Torre, con la desoladora imagen de mi ciudad arrasada a mis pies. A una decena de metros sobre mi cabeza, a mis espaldas, todavía oí las voces de mis opresores que reían complacidos y hacían mofa de mi desgraciada situación. Rieron, cantaron, aplaudieron e intercambiaron bromas de humor negro hasta el hartazgo. Supe que se habían ido, cuando me envolvió un luctuoso silencio.

"Desde mi elevada posición actual todavía hube de contemplar imágenes horripilantes. Al parecer, Irienir no era todavía un auténtico cementerio. Quedaban *civiles* en ella: ancianos, mujeres y niños encerrados en sus casas, desfalleciendo lentamente de hambre y sed. Pero sus padecimientos ya no se prolongarían demasiado. Con espanto e impotencia vi la horda desbocada de milicianos exaltados que se arrojaba, cual enorme ola destructora, sobre la ciudad devastada e indefensa. Irrumpieron en las viviendas, pero no hicieron acopio de botín. En cambio, donde hallaban personas con vida las sacaban afuera, arrastrándolas por sus ropas o cabellera. Una vez al aire libre, sin importar sexo o edad, las degollaban sin miramientos. Horas más tarde y habiendo finalizado, pusieron fuego a lo que aún se sostenía en pie.

"Solo la Torre de Colmillos de la cual pendía yo, quisieron conservar. Quizás, como mudo y único testimonio de la grandeza y el poderío que, con tanta dificultad, habían abatido. Entonces, culminada la labor destructiva hasta el último detalle, la alianza de ejércitos agresores abandonó el lugar.

"Quedé solo, suspendido a una altura vertiginosa. A mis pies, la ciudad que construyera y fortificara a lo largo de siglos de labor abnegada, era pasto de las llamas. El incendio duró días y noches: una semana, hasta que las llamas no hallaron nada más que devorar, y se extinguieron. Y yo...

"Yo permanecí allí, presa de una tortura indescriptible, durante días que me parecieron años, años que se me hicieron siglos, siglos que me semejaron milenios. Expuesto al calor en verano y el frío en invierno; a los abrasadores rayos de Ista durante el día y a la helada escarcha por la noche; al furor del viento y al castigo de la lluvia. Ciento cincuenta y seis años en total, que aún pesan en mi alma como una Eternidad..."

"Fue poco" dijo Tharaïs y calló, súbitamente abochornado.

Yo habría replicado a su flagrante falta de diplomacia tragándolo vivo... si tal cosa fuera posible. También Dúvdivia le clavó una mirada furiosa. Viendo nuestra reacción, el Saivir explicó sus palabras ofreciendo un relato detallado de sus propios padecimientos, tras la conquista de Drair por el Imperio siglos ha.



Quando aquel terminó...

Cuando aquel terminó su relato, su hermano preguntó sacudiéndose horrorizado:

=¿Eso te hicieron mis Nirien?

=Junto con los míos =replicó Tharaïs con voz quebrada. Y tras meditar en sus propias palabras, agregó=. Que también fue poco, comparado con lo que me habrían hecho *ustedes mismos* si yo no hubiera huido a tiempo. Taswar, ¿recuerdas? Todavía estaría consumiéndome en su interior, sin que nadie conociera siquiera mi existencia...

¡Bum! Tharaïs acababa de arrojarnos de sopetón, el reclamo que portaba consigo desde su primer año de vida. Los dos se quedaron tiesos. Uno, afectado por emociones encontradas, frutos del conflicto que permaneciera sin resolver. El otro avergonzado, sacudido del espanto que ahora le causaba ese acto monstruoso del que él mismo estuvo dispuesto a participar en tiempos pretéritos.

=Tharaïs, perdónanos =balbuceó el otro gigante con un arrepentimiento que se notaba sincero=. Verás =agregó=: también ese estúpido error [alude a la guerra de Saivirien contra Sairien, a la que Tharaïs se opuso cayendo en desgracia. -N. de la T.-] lo hemos pagado caro =y aquí se extendió en la descripción de los distintos detalles de las Guerras Vengadoras que, de algún modo, habían llegado a su conocimiento. Culminando con la aclaración de que, fuera de aquellos que había visto y enseguida mencionó (Inaida, Gakil y F'el), ningún Saiwir se había salvado. Él no conocía, confesó, el destino ni el paradero de aquellos desdichados entregados por los Nirien.

Ahora tocó al Constructor de nuestra ciudad, el turno de permanecer consternado y abochornado.

=Yo... =murmuró al final con lágrimas en los ojos= Yo no sabía... ¡Oy, Kainul!, ¡Oy, Thevaïh'el =se lamentó durante media hora, llorando desconsoladamente mientras nombraba uno a uno, a sus hermanos desaparecidos en desigual combate. Concluido el lamento, alzó su ajado rostro bañado en lágrimas y, encarando a Dúvdivia, le dijo:

=Hagamos las paces =y ambos se dieron la mano en señal de amistad.

Después, rindiéndose al agotamiento que los venció por igual, se recostaron acurrucándose en sus sitios y se durmieron. Sorprendida, miré afuera para comprobar que, por cierto, el día moría. Me incorporé y me paré en el umbral, dirigiendo mi mirada al Norte. En efecto mi relevo se acercaba, proveniente de la ciudad.

=Hay visitas =dije a mi primo, chocando mi palma con la suya, como acostumbrábamos al cambiar las guardias=. ¡Buenas noches!

Y corrí a casa.



Madruqué...

Madruqué más de lo acostumbrado, devoré mi desayuno con una rapidez superior a la recomendada, coseché una dura reprimenda de mi padre (que no es Copista, sino Sorian) a causa de mi inusitado atolondramiento, recojí el austero almuerzo que suelo consumir en el taller de taráis, y me alejé al trotecito ligero de regreso a la Ciudadela. Llegué con la lengua afuera y sorprendí a mi primo, que no me esperaba tan temprano.

-¿Alguna novedad? pregunté, al chocar mi palma con la suya.

-Duermen como troncos -respondió-. ¡Buenos días! -y se fue brincando, feliz de llegar a casa mucho antes de la hora habitual.

Me preparé un té y me quedé aguardando a que los dormilones gigantes despertaran. Antes que eso, se presentaron los mismos Sorien que el día anterior trajeran a nuestro invitado.

-¿Cómo van las cosas? quisieron saber-, ¿Tharais lo ha aceptado?

Esta última cuestión, sabía, era la que más los presionaba. Una respuesta afirmativa habría significado para ellos, el fin de quién sabe qué peregrinación prolongada y desgastadora.

-Se han reconciliado -dije yo-, si bien les llevó un día entero... Pero todavía no se ha planteado la cuestión, de la permanencia o no de Dúvdivia en este lugar.

-Procura que ese asunto se resuelva en el transcurso de la presente jornada -me pidieron. Y se marcharon con prisa, enfilando derechito a la Academia.

-¡Qué tipos! -me dije-, ¿dónde y de quién habrán aprendido modales?

Me volví al interior del taller; visiblemente contrariada y diciéndome que la próxima vez que se comportaran con semejante falta de cortesía, les arrojaría a la cabeza cualquiera de las pesadas herramientas de Tharais a mi inmediato alcance. Entretanto, el dueño de casa despertó y viendo que su huésped dormía, se dedicó a sacudirlo. Aquel se tornó sobresaltado y clavó su mirada consternada en Tharais, que enseguida le sonrió. Más distendido, se sentó en su sitio y preguntó, todavía un poco aturdido:

-¿Pasa algo?, ¿hay órdenes, instrucciones o algo así?

-No para ti -declaró el interpelado con un tono que en él, podía considerarse amistoso-. Soy yo quien debe trabajar. Pero antes de dirigirme a mi labor, aún quería escuchar: ¿cómo fuiste liberado al final?

Nuestro huésped me interrogó con la mirada y yo, por supuesto, me apresuré a asentir con un gesto. Después de todo, ¡precisamente ésa era la curiosidad que me había obligado a madrugar!

Apuré un vaso de té de un solo trago y me sonreí:

-¡Suerte que mi riguroso padre no puede verme! -alcancé a decirme, antes de que el Constructor de Irienir completara su historia como sigue:



Por supuesto...

“Por supuesto “comenzó”, fueron los Sorien quienes al final, acudieron a mi rescate. ¡Buena gente! Aunque les llevó tanto tiempo decidirse a hacerlo... Pero no les recrimino la demora “aclaró enseguida”. Pues sé que no se debió a su falta de voluntad, sino a la dureza de corazón de la Humanidad, cuyos sentimientos vengativos tardaron en aplacarse. Así por lo menos, supe tras ser liberado: los Sorien, solidarios con mi inmerecido sufrimiento, intercedieron por mí durante décadas. Pero uno tras otro, de generación en generación, los reyes y gobernantes de las ciudades orientales se negaban a satisfacer el único e insistente pedido de aquellos. A saber: que les concedieran el permiso de interrumpir mi tormento.

“Parece que además, nadie estaba interesado en mis servicios. Y para peor, no faltaba quien temiera que apenas liberado, yo me abocara a la reconstrucción de mi ciudad... que la Humanidad en pleno prefería contemplar en estado ruinoso por la Eternidad. Carentes de argumentos convincentes, los Sorien debían retirarse siempre con la cabeza gacha, condolidos de mi sino que a nadie más interesaba. Pero en una de tantas ocasiones ante uno de tantos reyes, alguno de aquellos paladines de la Justicia arquyó, casi como al pasar:

“En verdad, Sire, ¿no desearías la ayuda de un gigante que aliviara las faenas más pesadas de tus súbditos? “a lo que el aludido respondió que por cierto, no rechazaría tal colaboración... si la ofreciera el legítimo Saivir de su ciudad, y no un odiado extranjero. El sabio que intercedía por mí ya estaba por volverse decepcionado cuando repentinamente, brilló en su mente una idea nueva que se apresuró a exponer:

“¿Quieres a tu Saivir de regreso? “el soberano asintió” Creo que podemos localizarlo “dijo el Sorian”, y hasta traerlo de regreso. De hecho... “se quedó pensando y culminó de improviso” Pero no emprenderemos esa tarea, mientras Dúdivia continúe prisionero “el rey se quedó pasmado y tras cavilarlo, respondió que daba su acuerdo.

“Conseguido el consentimiento de este monarca y con un renovado optimismo, el afortunado sabio se apresuró a dirigir su mensaje mental, a sus colegas desparramados por las ciudades del Este. A aquellos gustó la idea que propusieron, cada cual a su propio soberano. Y por increíble que parezca, todos los reyes de ciudades privadas de Saivir dieron su acuerdo. También el rey de Héilenar, a pedido de sus consejeros Maèdern, aceptó. De modo que los dos soberanos restantes [de Fandir y Lair. -N. de la T.-] tuvieron que consentir también, aunque más no fuera a regañadientes.

“Y eso fue todo. Porque los tres Sorien que ya has visto se allegaron a la Torre, trayendo consigo un herrero de su Orden. Juntos subieron hasta la cúspide y ayudaron al herrero a salir a la cornisa exterior. Una vez allí golpeó y limó la cadena sujeta al Colmillo, hasta que cedió y cayó. Al impactar violentamente contra el suelo gritó, aplastado y conmocionado pero feliz de verme libre de mi secular suplicio.



No sé cuánto permanecí...

"No sé cuánto permanecí al pie de la Torre, inmerso en mi sopor extenuado. Habrán sido días o semanas. Cuando repuesto, desperté, ni el herrero ni mis cadenas estaban allí. Y los Sorien, que por lo visto habían venido turnándose para velar junto a mí "me dirigió una mirada capciosa, cuyo evidente mensaje preferí ignorar", se incorporaron sin dilación para decirme con la naturalidad más pasmosa:

"Vamos.

"Nos pusimos en camino, iniciando una marcha de meses en cuyo transcurso, mis escoltas tuvieron tiempo de instruirme en lo que consideraron necesario. Me dijeron que nadie deseaba mis servicios en el Este, por lo que me conducirían al Oeste. Quizás, esperaban, allí tuviéramos mejor suerte. Me revelaron también que, para que yo pudiera disfrutar ahora del mero hecho de caminar, otros Sorien estaban trabajando en los sitios más remotos e inhóspitos del mundo, rescatando a los Saivirien que cayeran prisioneros de los Saïrien durante las Guerras Vengadoras. Pues solo con esa condición habían obtenido el permiso de liberarme.

"En nuestra ruta cruzamos más de un Saïri. Pude comprobar que aquellos tienen a tu gente "me miró de soslayo" en muy alta estima. Figúrate que, viéndome en compañía de tres de ellos, ni siquiera hicieron ademán de agredirme. Aunque por lo demás, me pareció notarlos cambiados: es evidente que el tiempo y sus vicisitudes los han amansado.

"¡Y aquí estoy! "concluyó". Tu rey "encaró a Tharais" ha dicho que puedo quedarme. Si tú no te opones, claro..."

"¡No! "rugió el interpelado de un modo tan espontáneo, que no dejaba lugar para debates ni regateos.

"Por favor "suplicó el otro gigante", jno me rechaces!

"No estoy enojado contigo "replicó Tharais suavizando sus modos", y te deseo suerte. Pero comprende: prefiero trabajar solo y a mi modo. Alcanza un Saivir para Draïr. Tú tienes ciudades de sobra más al Norte; que más de una vez han solicitado mis servicios, y mi Señor les niega invariablemente. Se alegrarán de contar contigo. Ya verás.

Dicho esto se incorporó, recogió sus herramientas y se alejó a la carrera, en dirección al esqueleto en construcción cuya erección interrumpiera el día anterior. Así es que salto de público idóneo, Dúdivia tuvo que tragarse las protestas que no alcanzó a pronunciar. Visiblemente contrariado, tornó a acurrucarse echado en su rincón. Al rato dormía profundamente otra vez.



Al día siguiente...

Al día siguiente ya no me apresuré en absoluto; ni en levantarme, ni al desayunar, ni en el trayecto desde la ciudad en el valle, hasta la Ciudadela allende la sierra. Por el contrario, me parece que hasta me retrasé más de la cuenta porque cuando llegué, mi primo me aguardaba nervioso, de pie en el umbral del taller.

-¿Alguna novedad? -pregunté, al chocar palmas.

-¡Aburrimiento! -me respondió ofuscado- ¿Qué pasó contigo?: ¿decidiste reembolsarte la hora que me cediste ayer? ¡Buenos días! -rujió escapando a la carrera.

Entré. Tharais, más madrugador que yo, ya no estaba. Dirigí mi mirada ladera abajo por mera rutina, y aprobé con un gesto al verlo ocupado en sus labores. El Saïvir extranjero, sentado en su rincón, callaba su evidéntísimo mal humor. Me desentendí de él recordándome que para el caso, no soy su niñera. En cambio, me preparé un té y, a falta de nada mejor, me puse a recitar el primer libro que acudió a mi memoria. En eso estaba todavía, cuando irrumpieron los tres Sorien exclamando al unísono:

-¿Y?

-¡Y; qué! -les lancé yo.

-¿Preguntaste a Tharais si acepta su colaboración?, ¿qué ha respondido?

-No pregunté nada -respondí lo más secamente que pude-. Él lo hizo -señalé al gigante que seguía en su rincón, exhibiendo su peor expresión avinagrada-. Y la respuesta podéis comprobarla vosotros mismos: allá está Tharais -señalé en la dirección apropiada-, trabajando *solo* -recalqué.

Acto seguido me desentendí de ellos como si fueran más transparentes que el aire. Humedecí mi garganta con unos tragos de té y reanudé mi libresca recitación. Ellos me miraron, se miraron, y llamaron al Saïvir con el que pronto se pusieron en camino.

Meses más tarde escuché que habían ido, como sugiriera Tharais, a las ciudades del Norte. Allí, el susodicho no solo fue aceptado, sino que los reyes de las cinco capitales [son, de Sur a Norte: Qwadir, Óer, Eh'nuir, Shaedir y Aiç. -N. de la T.-] *se disputaron* el derecho a disfrutar de sus servicios. Por lo que a la postre, acordaron que Dúvdivia trabajaría un año en cada una. Y yo creo que aquel, viéndose de improviso tan solicitado, debe haberse sentido feliz. Como fuese, es indudable que su alicaída autoestima debió experimentar una inmediata recuperación...



Rúbrica

Yo, Maëdin Udeyént Nareidin, Copista, he redactado esta crónica para combatir el tedio y la melancolía durante la larga estación invernal de Draïr. Es entonces cuando me obligan a descender al interior de las sierras, a fin de supervisar al Constructor de nuestra ciudad mientras trabaja en sus minas, altos hornos de fundición y talleres de forja.

Alabada sea la Unidad: hoy me han dicho que mi novio ya se acerca procedente del Mileive Láyed, y nos casaremos en la próxima primavera. Con lo que pronto, espero, quedaré eximida de esta estúpida y aburrida imposición.

Draïr, año 1676 del nacimiento de Aonilé Saïri.

Reflexiones y notas poslíminares

Abundan en Mundo Saïri las crónicas acerca de la derrota y aniquilación definitiva del Imperio. Relatos heroicos y apologías que por lo general, pecan de exceso de exaltación belicista. Esto, además de ser unilaterales. Falta de objetividad que, por comprensible, no debe recriminarse a ningún cronista que simpatice con el ejército vengador o conquistador que sea.

El Documento Nareidin es pues, único en su género; ya que ofrece una visión original de los hechos, enfocados desde un ángulo distinto, casi imparcial. Sin embargo, es evidente que nos hallamos en presencia de un código conflictivo, y no solo a causa de la descarnada descripción que realiza de los horribles abusos cometidos por 'buenos' y 'malos' sin distinción. La prueba es que, pese a su indiscutible interés histórico, el mismo no ha sido transcrito ni una sola vez, y es desconocido incluso en Draïr, donde lo hallé. Por lo visto, precisamente aquellas características que lo han hecho interesante y valioso a mis ojos, han provocado lo opuesto entre los lugareños.

No obstante, debemos agradecer a los Copistas Maëdern su profundo amor por la literatura en general. Merced al cual, el mentado documento no ha sido destruido, sino solo ignorado. Quizás algún día, también en Mundo Saïri alguien lo 'redescubra' y reconozca su auténtico valor. Con lo cual se hará justicia a su principal protagonista (Dúvdivia Saïvir), y a su olvidada redactora (Maedin U. Nareidin).



Como insinuara en mi introducción, no solo la crónica de la caída del Imperio es interesante, sino también la cándida descripción de la realidad contemporánea a la cronista. Se percibe a lo largo del relato una permanente tensión entre Sorien y Copistas, situación que en Draïr alcanzaría su punto álgido en la siguiente generación. Estimo que tal resentimiento ha de ser, el genuino motivo de la exagerada susceptibilidad de la joven.

Paralelamente, Nareidin no se inhibe de sentar con claridad lo poco que acuerda con el decreto real inamovible, que obliga a los miembros de su familia a 'cuidar' de Tharaïs. Especialmente curioso es el arreglo que hasta la fecha se mantiene sin cambios: cumplen con esta función, solamente los Maëdern mayores de catorce años, hasta que se casan. Las muchachas de día, los muchachos por la noche. Las razones son los que ella misma expone: durante el día existe la posibilidad de conversar con el gigante; cosa que él acepta únicamente tratándose de mujeres Copistas (además de Saïrien, o niños de la Orden) a las cuales por ser doblemente inocuas (tanto por su condición femenina como por las limitaciones del gremio) ha de percibir como 'no amenazadoras' para su integridad física. Durante la noche se supone que aquel duerme, de modo que su 'vigilancia' puede ser encomendada a 'guardianes' de sexo masculino.

Existe en el citado documento, una frase escrita 'como al pasar' que, sin embargo, llamó mi atención: los Sorien culminaron la edificación de su Academia por sí mismos y a las apuradas. Probablemente, no solo debido a la necesidad sino, creo yo, más que nada por despecho: para que no se dijera que los universitarios ocuparon su edificio antes que ellos mismos. Por cierto, no es esto lo que me extrañó (ya que responde a la naturaleza humana más previsible), sino lo 'combativos' que pueden llegar a ser en ocasiones.

¿El edificio quedó inconcluso? No hay problema: los Sorien se abalanzan sobre él y lo terminan 'a su modo'. Es similar a lo que sucedió en Neir: ¿no hay más espacio para un barrio cuya población sigue en aumento? No hay problema: los Sorien arremeten contra las sierras y las mutilan, para construir en el terreno 'robado' a ellas. Es un alivio que los miembros de aquella Orden sean pacifistas declarados. Caso contrario, ¡quién sabe cuán belicosos y peligrosos se habrían vuelto! A quién necesite una prueba más contundente de lo dicho, invito a leer el Documento que presentaré a continuación..